



Costa Rica, Mayo 2004

NIÑAS, NIÑOS Y JÓVENES EN EL LIMBO DE LA NACIÓN COSTARRICENSE

**Carmen Murillo Chaverri
Antropóloga e Historiadora**

El presente escrito tiene la intención de invitar a re-pensar el papel que han tenido, tienen y pueden llegar a tener las y los niños y jóvenes, en la constitución de la nación costarricense. Ser niña, niño o joven en la Costa Rica de nuestros tiempos no resulta tarea fácil, dado que el vestuario con el que se arropa la identidad nacional, está recortado a la medida de otra talla; una más grande, donde la holgura de sus pliegues termina por encubrir, disimular o incluso hasta hacer desaparecer la presencia de la niñez y la juventud. Paralelamente, en la pasarela global movida por los mass-media, circulan y se exhiben múltiples modelos identitarios, con novedosos y llamativos diseños, que tienen un impacto profundo en el imaginario y las prácticas sociales de las nuevas generaciones.

Lo anterior hace que para estos relevantes componentes de nuestra sociedad, se torne un reto impostergable el reivindicar su rol activo como sujetos sociales. Esta tarea es hartamente compleja, si se tiene en consideración su diversidad y la multiplicidad de sus exclusiones. Trocar estas limitaciones en potencialidades para su inclusión plena dentro de la sociedad, es tanto más

necesario por cuanto niñas, niños y jóvenes representan el futuro real - no imaginario - de la nación costarricense.

1. ALGUNAS PRECISIONES INICIALES

Las ideas sobre el ser nacional pertenecen al difuso mundo de las representaciones colectivas, que permiten a una sociedad determinada, reconocer un conjunto de hitos históricos a manera de mitos fundacionales; así como una serie de rasgos asumidos como propios o característicos de su vida en el presente, y que a su vez, permiten fundamentar un conjunto de expectativas y metas sobre su desarrollo futuro; todo ello con miras a auto-atribuirse una singularidad que le hace peculiar y diferenciable respecto de otras colectividades. Estas ideas sobre la nación constituyen la materia prima para amasar una memoria histórica, así como un conjunto de valoraciones y sentidos de pertenencia, los cuales conforman la identidad nacional.

Hablar de nación implica la conjugación de lealtades y sentimientos, de arraigos, memorias y proyectos compartidos. Supone la convocatoria de un sentido de unidad que, a manera de espejo, busca reflejarnos como un colectivo. Este espejo, sin embargo, suele presentar un fenómeno curioso: en ocasiones devuelve de forma nítida, imágenes de lo que no somos, a la vez que muestra distorsiones y opacidades al reflejar la realidad cultural que vivimos día a día en Costa Rica.

Esto es así, por cuanto resulta un hecho indiscutible que todas las ideas sobre lo nacional se forjan como respuesta a la necesidad política de los sectores dominantes por cohesionar un colectivo-que suele ser diverso en sus componentes y tradiciones culturales -, a efectos de ser reconocido por propios y extraños, como una comunidad imaginaria.

En este sentido, la nación constituye un producto histórico de los Estados modernos, fruto de la necesidad de crear un "nosotros", donde tengan cabida la mayor parte de los muy diversos componentes sociales y culturales presentes en su territorio. No obstante, en dicho "nosotros" nacional, prevalecen las visiones de mundo afines a las elites, mientras que las expresiones y pensamientos de aquellos excluidos parcial o totalmente del poder, suelen ser incorporados

dentro del imaginario nacional en el tanto en que no resulten contradictorios con la perspectiva cultural prevaleciente, o en su defecto, puede darse el caso de resultar excluidos o invisibilizados del horizonte nacional.

Cabe, pues, recuperar como premisa el hecho de que las identidades nacionales surgen y van cambiando en correspondencia con la correlación de fuerzas políticas de los diversos sectores y actores sociales en diferentes momentos históricos. La nación no es un producto estático, sino un proceso que puede ser de-construido y re-construido al calor de la participación social, lo cual supone la potencialidad histórica de democratizar sus márgenes, al posibilitar que grupos sociales portadores de identidades particulares, pulsen por un espacio dentro de la nación.

Por otra parte, la condición de niñez y juventud constituye también una construcción histórica que se van modificando a lo largo del tiempo. Vale decir, no se trata solo del hecho de ubicarse en una franja etaria determinada, en razón de la edad biológica que se ostente, para pertenecer a alguna de estas condiciones. Depende principalmente del reconocimiento cultural que se hace de estas condiciones; en otras palabras, ser considerado niña, niño y joven va de la mano de las nociones asociadas de los deberes y derechos que les competen, y esto ha ido cambiando a lo largo del tiempo. En este sentido para el caso costarricense, trabajo y educación -y en alguna medida también maternidad para el caso de las mujeres -, se tornan en elementos claves que marcan un contrapunteo en la definición de quién es considerado - o no- como niña, niño o joven.

Niñez y juventud no son etapas marcadas por la naturaleza. Cabe recordar solamente a manera de ejemplos, la tendencia actual a que la primera ingrese a la segunda en edades cada vez más cortas, o bien el hecho de que entre los jóvenes de sectores sociales más acomodados, la llamada "moratoria social", vale decir ese lapso que media entre la madurez biológica y la madurez social, se extienda a veces hasta la tercera década de vida. El establecimiento de estas categorías va íntimamente ligada a los ciclos reproductivos y a la extensión de la expectativa de vida en las diferentes sociedades y épocas, e incluso historiadores de las mentalidades como Phillipe Aries (1960), han notado cómo en las sociedades occidentales es solo hasta el siglo XVII que la infancia empieza a tener existencia social, diferenciable del mundo de los adultos.

Lo anterior nos llama la atención acerca de la necesidad de reconocer que no podemos hablar de una niñez o de una juventud costarricenses, así, en singular. Más bien, es menester el reconocimiento de múltiples niñeces y juventudes, según sean sus condiciones socioeconómicas, étnicas, espaciales, de género, educativas, etc.

Como toda identidad, los sentidos culturales de la niñez y la juventud se definen por oposición a su contrario: la condición adulta. De ahí que se presente la tendencia a visualizarles como estadios incompletos - imperfectos, aunque necesarios- en la vía que lleva a alcanzar un ideal de racionalidad , responsabilidad y productividad representado - supuestamente - por la adultez. Este tipo de nociones pueden resultar engañosas, en la medida en que subsumen a la niñez y la juventud en una suerte de apéndice de la adultez, negando su valía por sí mismas.

En el caso de las representaciones de la niñez suele prevalecer la idea de control, de sujeción del niño o niña por parte del mundo adulto, la cual puede extenderse hasta el grado de "cosificar" su existencia y doblegarle a los deseos o necesidades de éste. La juventud, por su parte, es vista de manera más ambigua: por una parte como un arquetipo de vitalidad, salud y belleza corporal, sinónimo de un óptimo estado de vida; aunque por otra parte, como una etapa conflictiva y peligrosa, en razón de la liminalidad de su transición potencial a la adultez, la que se aúna a su tendencial actitud desafiante hacia muchos convencionalismos.

La identidad de jóvenes, niños y niñas en nuestro país se ha venido decantando, en parte por las identidades asignadas por otros-adultos- , más recientemente, por la vía del auto-reconocimiento de su condición. Esto hace que estos nóveles ciudadanos se puedan motivar a lanzarse, cada vez con más frecuencia y fuerza contra los límites de la nación costarricense, a efectos de presionar para tener mayor cabida en ella, o más bien, asumir el papel de migrantes simbólicos hacia el ancho mundo transnacional y el ciber-espacio globalizado, donde poder adoptar referentes identitarios que denoten su condición.

2. LA NACION COSTARRICENSE COMO COMUNIDAD IMAGINADA: EL JUEGO HISTÓRICO DE LA INCLUSIÓN Y LA EXCLUSIÓN

La nación costarricense hunde sus raíces en el ordenamiento colonial. La remota provincia de Costa Rica, ubicada en los confines de los virreinos, centros de poderío y riquezas durante esa época, presenta desde entonces y hasta la fecha, una doble paradoja. Por una parte, aquellas exuberantes tierras que auguraban oro y miel a los codiciosos ojos europeos, no resultaron a la postre lo suficientemente ricas para sus expectativas. Por otra parte, como para terminar de cerrar el círculo premonitorio, tampoco fueron sus costas el eje de su poblamiento, ni de la vida

económica y cultural: más bien, es el estrecho Valle Central en el corazón de su territorio, el espacio llamado a cumplir este papel.

El sentido de pertenencia a la provincia colonial se empieza a fundar, entonces, en la idea generalizada de ser “pobrecitos” - condición no compartida, ciertamente, por todos -, así como en la adscripción a un territorio disminuido en la práctica. No obstante, la pertenencia a la provincia generada durante la Colonia se vio permanentemente cruzada y fracturada por el arraigo a pequeños pueblos y localidades.

No es sino al entrar a la vida republicana cuando Costa Rica empieza a imaginarse como nación. Sus principales referentes identitarios se van fraguando al cobijo de una bandera - de inspiración francesa - y demás símbolos patrios - cargados de Occidente o de Valle Central -, que convocan a un sentido de idea de “ser de los mismos”, de ser “igualitarios”. Esto, a pesar de las hondas diferencias socioeconómicas y de desarrollo regional que acarrea la novel producción cafetalera, que nace y se desarrolla de manera paralela a la República.

Es, sin embargo, el proyecto liberal que arranca en las tres últimas décadas del siglo XIX, el que se encarga de sentar de manera explícita y contundente, las bases ideológicas del sentido de nación costarricense. Para ello se apoya en un vehículo muy eficaz: la reforma educativa, que extiende y consolida un sistema educativo que pretende ser generalizado y obligatorio para la

población infantil, y en donde se enseña una historia patria cargada de nociones y rituales conmemorativos que consolidan la existencia de la nación, con sus iconos y sus héroes, representada por su pueblo "valiente y viril".

Este esfuerzo educativo va aparejado de una gran obra económica, elevada al rango de "empresa nacional" por su principal impulsor, el general presidente don Tomás Guardia. A partir de 1871, se arranca con la construcción del Ferrocarril al Atlántico, pieza clave del proyecto liberal imperante. Según interpreta S. Palmer (1990:122), esta obra infraestructural representa un símbolo fálico adquirido por el joven Estado costarricense, como señala que marca un cambio hacia su edad adulta, para ponerlo a la altura de otros Estados occidentales modernos.

Así el tren, impulsado por el brío de la civilización, se convierte en poderoso instrumento llamado al encuentro con la tierra virgen que, en palabras de Guardia "ha de ser penetrada y sembrada con las semillas de la industria para la futura prosperidad y reproducción de la riqueza económica y cultural".

El rito de pasaje logrado por la nación a través del falo ferroviario, reproduce claramente las imágenes que oponen naturaleza y cultura. La cultura, materializada en la figura del tren, aparece masculinizada, potencia viril asimilada a fuerza mecánica, seca y controlada racionalmente. Esta debe buscar, doblegar y someter a la naturaleza, la cual aparece feminizada, desbordante, fértil, húmeda, impredecible y por lo tanto, peligrosa.

Ya lo explicitaba Guardia en otra de sus alocuciones públicas en 1880 sobre el proyecto ferroviario: "Estábamos sometidos a una prueba. Era necesario demostrar la virilidad de nuestra potencia nacional y lo hemos conseguido, exhibiendo los recursos del país en una de las empresas más colosales". De lo dicho hasta el momento, no queda duda alguna: la nación que se empieza a construir y a instalar en el imaginario colectivo desde la época liberal es, por excelencia, masculina y adulta. Así, adultez y masculinidad se erigen como pilares de la legitimación del estatus nacional costarricense.

Dado que, desde sus inicios la construcción de una imagen colectiva de nación fue modelada sobre el patrón de los esquemas de dominación imperantes, el ser nacional resultante surgió con facciones caucásicas, grave voz de patriarca, estatura de adulto y aspiraciones de progreso afines al proyecto civilizatorio occidental. Estos derroteros fundacionales de la identidad nacional se encargan de marcar inclusiones y exclusiones identitarias, según las mismas se acerquen o se alejen de este ideario. En la práctica, esto se ha traducido en oportunidades o limitaciones de grupos o sectores sociales y culturales, para su participación plena en la vida social costarricense.

Aquellos y aquellas que no cabían en este ser imaginario original, terminaron siendo "otredad", aún cuando fuesen también pobladores del territorio nacional. A partir de entonces fue claro que, a la mirada miope de la nación, se fue estrechando el panorama social y cultural costarricense, siendo antaño y hogaño, muchos los excluidos, invisibilizados o negados en el "nosotros" nacional.

La nación costarricense constituye una construcción que se transforma a lo largo de los años y, aunque aun hoy en día sigue girando alrededor de los ejes primordiales arriba indicados, sus límites han ido variando en consonancia con las transformaciones estructurales de la dinámica socioeconómica, con los diferentes procesos migratorios y con los cambios culturales experimentados. A esto se debe sumar las demandas que actores sociales de diferente índole, plantean en reivindicación de sus intereses particulares, lo que permite su visibilización como ciudadanos.

Ante este panorama, cabe precisar nuestra búsqueda en pos del espacio simbólico que niñas, niños y jóvenes tienen en la nación costarricense. Para estos efectos, en atención a la premisa de reconocerles en su espacio social, geográfico y cultural, procedemos a repasar algunos ámbitos de representación social, de los que participan en la actualidad la niñez y juventud costarricenses.

3. REPRESENTACIONES DE LA NIÑEZ Y JUVENTUD ÉTNICAMENTE DIFERENCIADA

En la construcción histórica de la nación costarricense uno de los referentes que más énfasis ha recibido es la idea de una pretendida homogeneidad racial de la población, que enfatiza en la herencia ibérica predominante, con un escaso o nulo reconocimiento del aporte genético y cultural de los indígenas, y mucho menos de otros componentes como aquellas de gentes de ascendencia africana, asiática o de otras latitudes con procesos civilizatorios alejados de la tradición occidental.

Esta construcción ideológica parte de premisas falsas y prejuiciosas, que han sido contraargumentadas largamente con los aportes de investigadores en las áreas de la antropología, la historia, la genética de poblaciones y la lingüística, principalmente, los cuales apuntan a señalar la gran frecuencia y relevancia histórica y actual del mestizaje biológico y cultural de nuestra población. A pesar de ello, la supuesta blanquitud de la sociedad costarricense, continúa reproduciéndose como un pilar ideológico relevante en la imaginación nacional, que apela a una comunidad de sangre como un argumento con fuerte carga emotiva para invocar a un sentido de unidad y pertenencia.

El mito de la Costa Rica blanca ha funcionado como argumento de contrastación con otros países del área, exaltando el carácter de excepcionalidad costarricense respecto de un contexto centroamericano plagado de indios y otras gentes de tonalidades oscuras y de comportamientos violentos e impredecibles, que contrastan con la mansedumbre del tico, que encuentra inspiración en la nívea paloma de la paz que, se supone, sobrevuela desde siempre y para siempre, el territorio nacional. Los reiterados argumentos esgrimidos desde Costa Rica para tomar distancia o incluso, para mantenerse fuera de los diferentes esfuerzos integracionistas en el área, tienen fuerte asidero en estas ideas.

A lo interno del país, la supuesta blanquitud ha llevado a establecer "extrañamientos" con las poblaciones fuera del Valle Central, como Guanacaste, Puntarenas o Limón. De manera más

marcada, este fenómeno se intensifica en el caso de los grupos étnicos que se encuentran fuera de la blanquitud y la tradición cultural occidental.

La definición de nación costarricense por oposición a los grupos étnicos, se ha dado tanto para aquellos de presencia milenaria - los indígenas -, como para los llegados durante la colonia - negros africanos - o en épocas republicanas - afrocaribeños, chinos, hindúes, árabes, principalmente-. En la actualidad el contraste se extiende hacia los inmigrantes, especialmente los nicaragüenses, quienes en suelo costarricense, asumen de hecho una construcción colectiva como etnia, tal y como lo han señalado autores como P. Alvarenga y C. Sandoval.

Un efecto especialmente nefasto de este mecanismo ideológico de prestidigitación histórica, reside en subvalorar la presencia o, en el peor de los casos, en negar la existencia real y simbólica de los grupos étnicamente diferenciados, es decir, aquellos que mantienen y se empeñan en reproducir sus culturas particulares históricamente constituidas. Como consecuencia inmediata de este proceder, se refuerza la invisibilización y subestima de los grupos étnicos como actores sociales.

Un ejemplo de lo anterior lo encontramos en el plano lingüístico, cuando en el habla cotidiana se escucha con frecuencia el calificativo de "inditos", "cholitos", "chinitos" o "negritos", para referirse a estas poblaciones. La infantilización que conlleva este tipo de calificativos, remarca la idea de una minusvalía social y cultural, que solo puede ser paliada por aquellos que portan el estandarte de la racionalidad civilizatoria occidental - léase nacional - de la cual "ellos", supuestamente, carecen.

En el caso de la población indígena, son múltiples los ejemplos que pueden citarse respecto de su exclusión de la nación. Basta recordar alguno: en el Censo realizado en la Costa Rica de 1864, se entiende como población costarricense, aquella que se circunscribe en los linderos de la "civilización", mientras que "la población indígena que vive todavía en un estado salvaje y se denominan *indios bravos*, no ha sido incluida en el Censo" (Censo de 1864: XV), considerándose "tribus fronterizas", a pesar de reconocer su ocupación de territorios

costarricenses. Otro ejemplo: es solo hasta 1973 que el Estado se preocupa de promulgar leyes específicas que velen por los derechos de los pueblos indios; mucho más recientes son los lineamientos que reconocen el derecho a una educación primaria bilingüe y multicultural, y aún no se declara el derecho de autonomía sobre sus tierras, que continúan siendo propiedad y tutela del Estado. La cercanía temporal de estas iniciativas estatales y la reproducción de un sentido de ser indígena como un ciudadano menor de edad que requieren del amparo de un Estado - sinónimo de adultez -que salvaguarde su bienestar, son reflejo de la vigencia de este sentido de exclusión que solo ha ido cambiando en las últimas décadas por la iniciativa de grupos indios organizados y de sectores no indígenas de la ciudadanía que apoyan su causa.

La exclusión de otras etnicidades, ha sido también parte de nuestra historia patria. Recordemos, como muestra de esto, los diversos impedimentos migratorios para que personas de algunas procedencias específicas, pudiesen ingresar y permanecer en el territorio nacional. Así, desde 1862 se impide legalmente el ingreso de "razas africanas o chinas" , lista que es ampliada en 1904 con la negativa de ingreso a árabes, turcos, armenios y gitanos. Como señala R. Soto (1998:224-7), en el Reglamento de Inmigración de 1942 se reitera el impedimento de arribo al país de personas de las procedencias indicadas, colocándolas en la misma categoría de indeseables, junto con enfermos mentales, venéreos, tuberculosos, valetudinarios, tahures, rateros, vagos, prófugos, anarquistas, mendigos, toxicómanos y contrabandistas. Todos ellos, en su conjunto, son considerados en la normativa como "personas inconvenientes, nocivas o peligrosas al orden o progreso de la República o a la conservación de la raza, ya sea por sus tendencias agitadoras, ya por sus escasos medios de subsistencia o por las características que predominen en ellas y sean de notoria desafinidad con la población nacional". La argumentación lo dice todo.

Por razones de conveniencia, el Estado hizo excepciones a esta normativa cuando necesitó del aporte laboral de gentes de algunas de estas procedencias nacionales. Sin embargo, los prejuicios y la discriminación no se hicieron esperar. Por ejemplo en 1875 el ministro de Hacienda y Comercio decía, entre otras cosas refiriéndose a los inmigrantes del Celeste Imperio: "Los chinos, en lo general los que vienen como concertados, tienen vicios de educación altamente perjudiciales á nuestras costumbres; al mismo tiempo que tienen males de

organización ó de raza mas perjudiciales aun á la salubridad pública. En lo general son jugadores y ladrones; insubordinados, crueles y vengativos, cuando se consideran en mayor número y mas fuertes; el abuso del opio y la decidida inclinación al suicidio contribuyen á que desprecien la vida haciéndolos peligrosos principalmente para el servicio doméstico. Por lo que á los defectos orgánicos, la experiencia ha demostrado que la raza china inmigrante, tiene en sí misma un principio ó germen de una de las enfermedades que mas daño han causado y causan a la humanidad y que parece que se desarrolla de una manera mortal con la unión con nuestra raza" (Gaceta Oficial n°25, 19 de junio de 1875, p.3)

Este temor al mestizaje se mantiene como una constante en los últimos años del siglo XIX y la primera mitad del XX . Otra muestra de tal situación, esta vez referida a la población afrodescendiente, la encontramos en una carta anónima titulada "El peligro negro en San José" y publicada en el periódico La Prensa Libre en donde, entre muchas apreciaciones cargadas de odio racista, señala que "Otro punto grave, es el cruzamiento de la raza, y sobre el cual ya debían haberse dictado leyes especiales prohibiendo que los negros conquisten las mujeres del país: -que no vayan individuos negros al exterior a decir que son costarricenses, desacreditando así uno de los puntos de orgullo nuestro como lo es la pureza de la raza." (21 de febrero de 1914 , p.2). En esta muestra, se fusionan el discurso de la discriminación racial con el de la dominación -¿o la inseguridad? - masculina, como ejemplos claros de los patrones ideológicos imperantes.

Los hijos de los inmigrantes proscritos de reconocimiento nacional, continuaron siendo legalmente extranjeros, aunque fuesen el fruto de varias generaciones de residentes en el territorio costarricense. Debe esperarse hasta 1949, para que un cambio en la legislación reconozca como costarricense a toda persona nacida en territorio nacional, independientemente de la nacionalidad de los padres. Es un hecho que una situación como la descrita, acarrea ambigüedades en la construcción identitaria personal y social, especialmente en los hijos e hijas de inmigrantes.

Las condiciones mismas en que se genera la migración da pie a situaciones familiares muy complejas, como por ejemplo, los casos de padres y madres de familia negros que se han visto

compelidos a emigrar a Estados Unidos desde los años cincuentas del siglo pasado o más recientemente atraídos por la oferta laboral en cruceros, y cuyos hijos e hijas quedan en manos de abuelas y abuelos. Otra muestra de los trastornos de socialización y construcción identitaria se da en los descendientes de inmigrantes nicaragüenses, que quedan atrás en el país de origen o bien que nacen y/o crecen en Costa Rica, enfrentados a tradiciones culturales que pueden llegar a diferir de las de sus progenitores. El difícil caso de aquellas personas menores de edad que ingresan sin compañía de adultos, a probar suerte en territorio nacional, constituye un ejemplo extremo de esto.

Lo anterior nos llama a reflexión respecto de una situación que se mantiene aun hoy en día: las posibles tensiones, conflictos y desentendidos entre la socialización primaria que reciben los descendientes en los hogares con tradiciones étnicas y nacionales particulares y su participación dentro de un contexto cultural más amplio que, en el mejor de los casos, ignora su especificidad cultural, pero que puede llegar a reproducir vicios racistas y xenofóbicos de larga data, capaces de agredir, estigmatizar y hasta excluir a la persona culturalmente diferenciada.

La escuela, en particular, ha tenido hasta hace muy poco tiempo, la misión de homogenizar, o tal vez para ser más preciso, de aplanar el horizonte cultural de sus estudiantes. Hemos sido testigos de situaciones tragicómicas, como la de un maestro de escuela en la zona indígena de Salitre, que después de tres meses de iniciado el ciclo lectivo se dio cuenta de que la incapacidad para aprender de aquel callado pequeño estudiante de primer grado, no se debía a un supuesto retardo mental sino al simple hecho de que el niño era monolingüe bribri tratando de sobrevivir en un ambiente escolar pensado y desarrollado en español. Otro caso igualmente desconcertante, fue el observar un conflicto entre un muchacho cabécar de Chirripó y su maestro, porque éste le exigía y el otro se negaba, a salir "vestido de indio" - con el consabido trapo de gangoche, plumas y pintarrejeado corporal - en una conmemoración del 12 de octubre.

La socialización en el hogar y su participación en el entramado de relaciones intraétnicas, permiten inculcar en los niños, niñas y jóvenes de estos grupos, un conjunto de visiones de mundo que moldea aspiraciones y proyectos. Así pues, en las familias de ascendencia africana y

oriental, el estudio es considerado un valor altamente deseable y el punto de arranque para

ingresar en una carrera de ascenso social, por lo que sus descendientes suelen desarrollar mayores niveles de escolaridad, así como mejores habilidades de integración en contextos sociales y culturales más amplios. En el caso de la población indígena suelen prevalecer nociones que valoran altamente la incorporación temprana al trabajo, sentimiento que resulta concordante con un conjunto de limitaciones estructurales que les sume a la mayoría en situaciones de pobreza, con los consecuentes obstáculos para alcanzar una mayor escolaridad.

Las diferentes tradiciones étnicas y nacionales también proyectan en las jóvenes generaciones conjuntos de valores como los roles deseables para hombres y mujeres; los papeles a jugar por los pequeños, los adolescentes, los adultos y los ancianos; los patrones de sociabilidad y solidaridad; la amplitud y la función que se espera de cada cual dentro de las redes familiares inmediatas y extensas; las concepciones acerca del trabajo y el ocio; las nociones sobre sexualidad y moralidad, etc. De igual manera se convierten en vehículos para la transmisión de un acervo colectivo en diversos campos como el lingüístico, la religiosidad, el gusto por determinadas fiestas, música, gastronomía o diversiones, por mencionar solo algunas facetas de su cultura. Cada uno de estos elementos son específicos al grupo y se tornan en recurso patrimonial del mismo.

En efecto, los niños, niñas y jóvenes que se socializan en un contexto étnicamente diferenciado, heredan referentes identitarios propios de su cultura. Pero también heredan el prejuicio social de que es objeto su etnia por parte de la nación costarricense, el cual se ha ido cocinando a fuego lento durante muchos años atrás, atizado por el fuego de la intolerancia y sazonado por la ignorancia y la incomprensión. Lo mismo se aplica al caso de inmigrantes más recientes, como los nicaragüenses, que deben padecer la subestima y el desprecio que acarrea la denigrante práctica de la xenofobia, tan de moda en no pocos costarricenses hoy en día.

Ser portador explícito de una identidad estigmatizada resulta una dura carga difícil de sobrellevar, especialmente en los primeros años de vida cuando se gestan los principales rasgos de la personalidad y de la identidad individual y social. De ahí que resulte frecuente la adopción

de una estrategia de "identidad latente", como varios autores han llamado a la práctica de adopción alterna de identidades según sea el contexto social en que se desenvuelve la persona.

En el caso de la niñez y la juventud heredera de una etnicidad que les hace diferentes y minoritarios en el seno de la sociedad costarricense, la renuncia temporal o definitiva a su bagaje cultural en la escuela o en contextos ajenos a su cultura, constituye a la postre un mecanismo de sobrevivencia social dentro de un medio cultural hostil. La necesidad, incluso, de "invisibilizarse" a los ojos prejuiciosos, me recuerda la respuesta de una joven negra universitaria a mi pregunta de por qué se había debilitado tanto la organización de estudiantes limonenses en San José. "Vea - me dijo con tono irónico - ahora preferimos andar cada uno por su lado. Es que aquí en la capital dos negros juntos son multitud y tres...tres ya son carnaval".

Aunque no podemos dejar de reconocer valiosos esfuerzos de reivindicación y reelaboración étnicas por parte de jóvenes generaciones de varios de estos grupos, lo cierto es que también, en el otro polo, no es de extrañar que muchas hijas e hijos de los mal llamados "inditos", "negritos", "chinitos" o "xxx nicas", decidan dar del todo la espalda a su acervo cultural étnico, en busca de ampliar el abanico de posibilidades de participación en sociedad. Incluso se ha observado que en ocasiones son los mismos progenitores quienes se empeñan en que sus vástagos ni siquiera hablen la lengua de su tradición particular o expliciten un acento que delate su procedencia.

Situaciones como las arriba descritas, acarrearán graves consecuencias para el desarrollo de convicciones en el sentido de pertenencia colectiva a un grupo culturalmente diferenciado, así como también para el mantenimiento cultural del grupo étnico o de inmigrantes de nacionalidades contrastantes. De hecho, pierde la nación costarricense en su conjunto, porque se erosionan las bases de la reproducción de su diversidad cultural.

4. REPRESENTACIONES DE LA NIÑEZ Y JUVENTUD RURAL Y URBANA

La nación costarricense, al momento de su surgimiento y a lo largo de su consolidación, privilegió el reconocimiento de unos espacios e ignoró otros. Como decíamos anteriormente, el Valle Central asume una función nuclear, siendo por supuesto sus cuatro ciudades y en especial la capital, los principales ejes de ese ordenamiento territorial y simbólico. Los restantes territorios, en su mayoría poco poblados, inhóspitos y casi desconocidos, terminaron por convertirse en "otredad".

Volviendo a la historia, recordamos que desde 1848, el escudo de la República ostentó cinco estrellas para representar a sus cinco provincias: San José, Heredia, Cartago, Alajuela, así como Guanacaste, de reciente anexión a la joven República. Por su parte, los territorios ubicados aledaños a las franjas costeras del océano Pacífico y del mar Caribe, fueron señalados más tardíamente como las comarcas de Puntarenas y Limón, en razón de su escasez de población; y no es sino hasta 1964 cuando estos territorios, convertidos en provincias desde muchos años atrás, finalmente reciben su respectiva estrella para compartir también un espacio simbólico en el escudo patrio, a la par de sus otras cinco hermanas.

El ambiente rural, romantizado a través de imágenes bucólicas, se tornó en el ámbito por excelencia para ubicar al costarricense imaginario. Así, los hijos de la nación son labriegos sencillos, de faz enrojecida por la fecunda labor. El reconocimiento protagónico de los habitantes del Valle Central como los artífices de la historia patria - papel reservado por supuesto solo a aquellos que se suponen "de pura estirpe española"-, sustenta el mito de la democracia rural. Según esta interpretación, la carencia de metales preciosos y de mano de obra indígena - porque los pocos que había, se murieron de muerte natural al contacto con los españoles -, hicieron necesario que cada colono y su familia tuviese que arrancar su sustento del trabajo de la tierra, repartida en pequeñas chácaras. Según esta utópica interpretación del pasado colonial, a raíz de que todos fuimos pobrecitos, en la actualidad se mantiene la idea de que todos seguimos siendo igualitarios.

Para los años cincuentas del siglo XX, la modernización alcanza a la nación, entronizando su desarrollo en los ámbitos urbanos por excelencia y con su apuesta por la industrialización y la presencia creciente de medios de comunicación, en especial de la recién estrenada televisión. Desde el balcón de las ciudades se mira al poblador rural despectivamente, notando "atraso" en sus maneras de expresarse, en sus modos de vida, en sus patrones de sociabilidad. No tardan en aparecer las denominaciones de "sencillo", "maicero" o "polo", con su carga de prejuicio y descrédito, la cuales mantienen vigencia hasta el presente.

La niñez y juventud que crece al amparo del entorno rural a lo largo y ancho del territorio nacional, tampoco se ve exenta de heredar la arbitrariedad de este tipo de representación. En todo caso, también cabe la posibilidad de adoptar mecanismos de renuncia a la identidad asignada, similares a los que observáramos en las nuevas generaciones étnicas. Existen sin embargo, algunas posibilidades para ponerse al hilo en el mal entendido "atraso". El acceso cada vez más amplio a nuevas tecnología, sea desde los centros de estudio o desde los café-net que se encuentran desperdigados casi en todas partes del territorio, permiten a niños, niñas y jóvenes desplazarse en un viaje vertiginoso por las nuevas autopistas de la información, desde las mismas zonas rurales donde habitan. La emigración individual o familiar hacia los centros urbanos en pos de sueños laborales o educacionales, es otra opción posible para esta población. Todas estas salidas, en todo caso, suponen un evidente impacto sobre la reformulación de sus identidades de arraigo al medio rural.

El desplazamiento efectivo de los motores de la economía nacional de la agricultura hacia otras actividades industriales y de servicios ubicadas en el ámbito urbano, ha creado las condiciones para que la mítica idea del poblador del campo como prototipo del ser nacional, caiga cada vez más en desestima o en el simple, pero no menos brutal, olvido. En el imaginario nacional actualizado, el nuevo hombre - porque, eso sí, tiene que nacer varón - es una persona urbana, bien educada, tecnologizada on-line y bilingüe (las combinaciones de español con maleku, con mandarín, con ngöbe o incluso con inglés criollo, quedan excluidas de la acepción), así como abierta a las múltiples oportunidades que brinda el generoso y vasto mundo globalizado de hoy.

En dicho imaginario oficial, las criaturas de las nuevas generaciones serán esperados como "yuppies" en potencia, comprometidos con su propio bienestar y con el bienestar de los capitales ajenos, los cuales administrarán con ahínco y desvelo. Pero, ¿qué opinan los aludidos, al respecto? Al decir de las acciones y concepciones adoptadas por muchos jóvenes urbanos, principales destinatarios de este paquete ideológico, creo que sus expectativas no necesariamente resultan compatibles con el mismo, al menos definitivamente no en todos los casos.

Los jóvenes urbanos constituyen una heterogeneidad en su composición. Su existencia social se ve traspasada por múltiples líneas de diferenciación socioeconómica y de manejos diferenciales de capital cultural, de tal suerte que más que una unidad reconocible, su universo se torna en archipiélago de islas, con pocos puentes de comunicación entre sí y muy por el contrario, con la presencia de fuertes corrientes que bloquean el tránsito de una a otra.

El denominador común en el ordenamiento social y simbólico de cada una de estas islas, lo constituye la presencia de códigos compartidos y la emergencia de un patrón de sociabilidad primaria, en donde privan las relaciones cara a cara, aunque sean muchas veces efímeras. El manejo de una serie de códigos que les son particulares, como la jerga, la vestimenta, el estilo de peinado o el gusto por la ornamentación corporal mediante tatuajes o piercings, por ejemplo, se tornan en marcadores diacríticos de identidad para cada una de estos grupos. Dichos elementos no son de ninguna manera estáticos, sino que se renuevan, mutan, migran y se resignifican en un movimiento permanente, alimentados por las tendencias globales.

En ocasiones estas islas emergen a partir del gusto por determinado tipo de música, que lleva aparejada una visión particular de mundo, una escala de valores y ante todo, la posibilidad de reconocerse y ser reconocido. Entre los múltiples ejemplos puede citarse el *metal* con sus seguidores "góticos" ataviados de negros maquillajes e indumentarias; el *reggae* con su séquito de seguidores adscritos a las tendencias *rastas* o *ragas*, se inclinan por explicitar una clara afinidad hacia Jamaica y su cultura afrocaribeña. Por su parte, otras músicas como el *rap* o el *hip-hop* también se caracterizan por difundir un estilo propio de las barriadas negras estadounidenses, entre seguidores de todas las tradiciones culturales. Quienes se inclinan por el

ska o el *hard core*, seguramente coincidirán también en el movimiento punk, con su indumentaria estilo industrial, sus llamativos cortes y coloraciones de cabello y su exaltación de la anarquía. La práctica de la fiesta *rave*, impone el gusto hacia la música *techno* y el papel protagónico del *DJ*, donde sus participantes combinan una búsqueda introspectiva con la catarsis colectiva que supone las horas y horas de ritual dancístico. Cada uno de estos ejemplos posee además múltiples énfasis y estilos entre sus seguidores.

Podríamos seguir citando preferencias musicales como el *rock* en español, la música cristiana, los ritmos latinos, la trova, la balada, el pop o muchas otras más, pero tal vez lo relevante sea que la música se convierte en un elemento aglutinador de identidades juveniles, a la vez que un vehículo para comunicar sus ideas, se ubiquen éstas en el rango de la sublime trascendencia espiritual, la revaloración étnica, la búsqueda del amor rosa, la ácida crítica social o un grito desgarrador que clama por el desconocimiento de toda autoridad establecida.

Otro ámbito de convocatoria para la adscripción de jóvenes y niños, y que también encuentra eco en zonas rurales, son los movimientos en pro del ambiente y a favor de causas ecologistas. Las mismas constituyen un amplio abanico que va desde acciones de reciclado y voluntariado para el saneamiento ambiental, hasta acciones políticas contestatarias a proyectos económicos de gran envergadura como la exploración y explotación petrolera o la construcción de megaproyectos de generación de energía hidroeléctrica en territorios indígenas o reservas naturales.

En este último caso, notamos la identificación de amplios sectores de jóvenes universitarios con la causa étnica de las localidades borucas y térrabas que serían directamente afectadas por el proyecto Hidroeléctrico de Boruca, en la Zona Sur. Varios de los líderes de este movimiento tendiente a conservar el ligamen ancestral de los pueblos indios con la madre tierra, son también jóvenes indígenas, por lo que se amplía la plataforma de empatía.

La búsqueda de salidas alternativas para un mundo que sienten opresivo e insatisfactorio para la realización plena de sus expectativas de crecimiento personal, lleva a la reunión de algunos sectores de jóvenes, que se identifican con tendencias filosóficas orientalistas o indígenas, así

como con el mundo de posibilidades ofrecido por la llamada *New Age*. Se trata de agrupamientos más intimistas y discretos, que apuestan por un mundo de paz a través del desarrollo de niveles elevados de conciencia y de la adopción de estilos de vida naturalistas. Externamente, adoptan un estilo de vestimenta que evoca la tradición *hippy* de los años setentas.

En otras oportunidades, la diferencia es marcada por la afición a un grupo deportivo. Las llamadas "barras" como "la Garra", la "Ultra" y la "Doce", solo por citar las más conocidas seguidoras de equipos futbolísticos de Primera División, constituyen también una fuerte convocatoria para el desarrollo de sentidos de identidad entre las nuevas generaciones. La pasión por las hazañas deportivas del equipo de sus amores, lleva a adoptar signos externos de identificación como tatuajes, ropas y pulseras con los colores distintivos, así como a marcar territorios con un tipo de graffiti que incorpora estilizaciones alfabéticas y otros códigos pictórico particulares. Como parte de los rituales de pertenencia, estas barras desarrollan comportamientos que les son específicos, tanto dentro como fuera de los estadios, dando paso no pocas veces a situaciones de desenfreno, que pueden desembocar en actos vandálicos y de confrontaciones entre rivales.

El reto que supone la dura realidad de la sobrevivencia en las calles de las ciudades para muchos niños, niñas y jóvenes, también da pie a la cohesión social y la emergencia de nuevos sentidos de pertenencia. Bandas como los Teletubbies en Alajuela o los grupos de los despectivamente llamados "Chapulines" que viven y se desplazan por las calles de la capital, conforman innovadoras comunidades de menores, cuya comprensión reta a la imaginación sociológica

Muchas identidades infantiles y juveniles que se constituyen al calor de la dinámica urbana, son incomprendidas a los ojos del mundo adulto. Algunas de ellas se asocian incluso a comportamientos calificados como delictivos o pertenecientes al tenebroso mundo del hampa. Lo cierto es que, a falta de oportunidades sociales y por su invisibilidad a los ojos de la cultura oficial, que los estigmatiza de incultos y violentos, muchos de estos colectivos terminan por funcionar casi como hermandades subterráneas.

Las islas culturales en las que se guarecen y construyen identidades los jóvenes náufragos urbanos también han recibido el calificativo de tribus urbanas, por parte de algunos autores como M. Maffesoli, M. Margullis y M. Urresti. Estos dos últimos opinan que la tribalización funciona como una deserción de las nuevas generaciones urbanas respecto del formato modélico postulado para ellos por la retórica dominante, centrado en la obediencia, la adaptabilidad, la capacidad de progreso, la pulcritud, el respeto, la responsabilidad, las ambiciones, etc. Se trata, nos dicen, de una deserción que debe ser entendida como un camino de vida alternativo, dirigido por otros valores y orientado en una dirección distinta. Y añaden que "la tribalización implica una especie de ruptura con el orden social monopolizado por la uniformidad, un proceso de fragmentación y creciente explosión de identidades pasajeras" (1998:20).

La ciudad, o para ser más precisos, los poderosos intereses económicos que se mueven en ella, también abren espacios de convocatoria a eventos masivos como los conciertos. El interés comercial por vender un producto musical, sea un o una cantante o una agrupación determinada, lleva a los organizadores a realizar este tipo de espectáculos, adonde acuden grandes multitudes de personas, especialmente jóvenes, aunque la estrategia se despliega también con gran éxito en el caso del público-meta infantil. La estrategia de convocatoria es tan efectiva que diversas marcas comerciales patrocinan el ofrecimiento gratuito de presentaciones de esta índole, con miras a capturar a las jóvenes generaciones como consumidores de los productos ofrecidos a través de la seducción que supone este tipo de eventos. La proximidad corporal que conllevan tales actividades no puede ocultar, sin embargo, el anonimato que acompaña a la gente convertida en masa enardecida.

5. REPRESENTACIONES DE LA NIÑEZ Y JUVENTUD SOCIOECONÓMICAMENTE DIFERENCIADA

La pertenencia a determinado estrato socio-económico se convierte en un factor de primer orden para entender las posibilidades y limitaciones reales y simbólicas que tienen efectivamente los niños, niñas o jóvenes, de desarrollarse y sentirse como tales. Por decirlo en otras palabras, ellos y ellas se ubican, disfrutan o padecen de un conjunto de condiciones objetivas que marcan

derroteros en sus vidas, como por ejemplo, el poder contar o no con recursos económicos, el sustento que brinde o deba brindarse a la familia, la cantidad y calidad de los estudios, la necesidad o no de insertarse en el mundo laboral, el tiempo libre de que se dispone, el jugar el rol de vástago o de progenitor(a) en el seno de la familia, los contactos intra e intergeneracionales que se experimenten, los patrones de consumo y los gustos desarrollados, las redes sociales de que se participa, la cantidad y calidad de los conocimientos a su haber, etc.

La consideración de factores como los indicados permiten llegar a una sencilla conclusión: si partimos del conjunto de condiciones culturalmente prevalecientes para reconocer la condición de niñez y juventud, salen gananciosos aquellos que presenten más ventajas en los factores arriba descritos. Así, las posibilidades de autoidentificación y ser identificado por otros como niña, niño o joven es tanto más sencilla entre mayores recursos socioeconómicos se dispongan a su haber y se va limitando en la medida en que se van estrechando estas posibilidades.

Ahora bien, ello no quiere decir que los sectores con niveles socio-económicos bajos no sean capaces de vivir y representarse simbólicamente la condición de niñez y juventud, sino que les resulta más difícil ostentar las actividades, apariencias, comportamientos y consumos que han sido prefijados culturalmente - generalmente por otros sectores - como asociados a los mismos. J. Valenzuela (1998:38) nos recuerda que, en gran parte de las áreas campesinas e indígenas, así como en muchas zonas populares urbanas, los niños y niñas se involucran en procesos de prematura adultez, donde sus vidas se definen desde los marcos del trabajo y no a partir de las ofertas de consumo.

Como indica este autor "Los imaginarios sociales dominantes han sido los que de manera principal han definido a los grupos portadores de la condición juvenil. Tradicionalmente los depositarios de el ser joven fueron los miembros de las clases altas y sólo en el presente siglo se registraron algunos movimientos con planteamientos propiamente juveniles, en la medida que establecían límites de adscripción/diferenciación entre sus opciones y las de los adultos...Los sectores subalternos construyen sus autopercepciones y representaciones conformando campos más o menos ríspidos de disputa con las definiciones de sentido de los sectores dominantes" (*Ibidem*:39-40). Así, en los heretogéneos sectores populares pueden imperar modelos

particulares sobre lo que representa la pertenencia a cada una de estas condiciones, así como rituales de pasaje específicos que marcan la transición de un estado etario a otro, los cuales deben ser explorados a partir de indagaciones directas en el campo.

En contraste, en los sectores sociales con niveles medios y altos existen mayores facilidades para cumplir parcial o totalmente con las expectativas planteadas por el modelo dominante. Ingresos más holgados, aunados a mejores oportunidades de estudio y una mayor moratoria para enfrentar las responsabilidades de la adultez, que deja más espacios al ocio, así como mejores facilidades para el acceso a lenguajes extranjeros y tecnológicos o la ampliación del horizonte de cultura general, entre otros muchos factores, hacen que los niños, niñas y jóvenes que proceden de estos sectores, puedan desarrollar una mayor correspondencia con dicho modelo.

De hecho, el desarrollo del gusto por y las posibilidades efectivas del disfrute de determinados bienes y servicios, se convierte en vehículos que orientan el ingreso de las recientes generaciones al mundo estereotipado de la niñez y la juventud. Este segmento poblacional se convierte en blanco de una variadísima oferta de mercancías destinadas a llenar las necesidades creadas por un mercado sediento de ganancias. De manera simultánea, el consumo de dichas mercancías funciona como instancia adscripción identitaria, que permite a sus consumidores reconocerse y ser reconocidos dentro de un renglón generacional. Adecuando a las circunstancias aquel conocido refrán, podríamos decir que "el hijo de papi no solo debe ser niño o joven, sino también parecerlo".

En las seductoras vitrinas de los centros comerciales que crecen por doquier, pululan infinidad de marcas en zapatos, ropas, maquillajes y bisutería, juguetes y entretenimientos de toda índole, bares y discotecas, cines con lo último del momento, todo tipo de comidas rápidas, servicios de peluquería y tataroo...todo lo que quiera, al alcance de su billetera. Los *malls*, estas nuevas mecas de la posmodernidad, que han estallado como abejones de mayo a lo largo y ancho del territorio nacional en los últimos tiempos, se convierten en destino de peregrinación, en punto de encuentro, socialización y prestigio de la juventud y aún de la niñez, bajo la forma de folklóricos paseos familiares dominicales.

Paralelamente a esta tendencia a funcionar como lugar de convocatoria y de reconocimiento social, el *mall* constituye también un ámbito donde florece el anonimato. Al decir de M. Augé, puede ser considerado como un "no lugar", vale decir, como un espacio contemporáneo constituido para cierto fin (comercio, ocio, etc), por donde fluyen personas desconocidas entre sí que a lo sumo cruzan miradas, pero no interactúan. En sus palabras, "el espacio del no lugar no crea ni identidad singular ni relación, sino soledad y similitud"(1998:107).

Pero las vitrinas donde se tienta al cliente con apetecibles objetos de deseo, no se restringen a las paredes de los centros comerciales, sino que desbordan hacia multiplicidad de frentes donde es posible la promoción mercantil. Como muy bien lo señalan M. Margullis y M. Urresti, los canales informativos y de entretenimiento, junto con la extensa red de publicidad que envuelve a las ciudades, van conformando un circuito de imágenes que impulsan un sentido de juvenilización, como "fenómeno estético mass mediático que emplea imágenes juveniles como iconos de identificación para contribuir a la venta de mercancías de todo tipo" ... de forma que se "toma características provenientes del mundo juvenil tales como pautas estéticas, estilos de vida, consumos, gustos y preferencias, looks, imágenes e indumentaria, y las propicia ante segmentos crecientes de la población como señales emblemáticas de la modernización"(1998:15).

Es más, dicho modelo, llevado al extremo por los medios de comunicación, ha terminado creando arquetipos sobre una espléndida juventud. En este caso en particular, se falsea y torna artificial una condición que se promociona como el estado ideal de existencia al que todo el mundo deberían aspirar. Cuando decimos todos, nos referimos tanto a las tendencias que se dan entre los niños y en especial en las niñas, para entrar cuanto antes al mundo de la juventud, como a los esfuerzos, a veces titánicos, que realizan adultos medios y hasta algunos bien entrados en años, para tratar de no salir o bien de retornar a toda costa, a tan ansiado estadio.

Maquillajes de juguete; muñecas para niñas que replican anatomía, atuendos y actitudes juveniles; zapatos y ropas "como de grande"; motos pandilleras a escala o tatuajes lavables, son algunos ejemplos de la oferta a disposición de la niñez. Para los mucho más mayorcitos, el mercado brinda "lipos", fajas de yeso, siliconas y pildoritas azules que suben lo que se bajó,

motos pandilleras de verdad, así como lociones para hacer retornar la melena de antaño y todo tipo de consejos de esos que dicen que dijo Adela.

Para el caso costarricense, bien se aplica la aguda observación de Martín-Barbero, quien señala que el éxito de este modelo de la juventud como imaginario de felicidad y plenitud, no solo radica en los comerciantes que ganan dinero con ello, sino que responde más integralmente a "una sociedad que padece el déficit simbólico quizá más grande de la historia, y que lo taponará saturándolo de signos, por lo que lo joven atraviesa nuestros imaginarios y pesadillas cobrando sentido de símbolo. Y si la juventud simboliza no es por la tramposa operación del mercado sino porque ella condensa, en sus desasosiegos y desdichas tanto como en sus sueños de libertad, o en sus complicidades cognitivas y expresivas con la lengua de las tecnologías, claves de la mutación cultural que atraviesa nuestro mundo"(1998:32).

6. PODER, VIOLENCIA Y PREJUICIO EN LAS REPRESENTACIONES DE NIÑEZ Y JUVENTUD

A lo largo de la historia costarricense y hasta el presente, la elaboración de representaciones colectivas sobre los niños, niñas y jóvenes ha sido elaborada como un juego de marcas y contramarcas. Las primeras están dadas por lo que sería una posición hegemónica, en el sentido de ser frentes legitimados por la ideología y los sistemas de poder imperantes. Ellos se han encargado de forjar un conjunto de imágenes respecto de este sector poblacional, al cual le es asignado una serie de características, que casi siempre se definen por oposición a lo oficialmente deseable.

Por su parte, las contramarcas a estas representaciones, suelen ser dibujadas por los mismos aludidos, así como por otros sectores que se identifican constructivamente con su existencia social. Aquí, se trata de reconocer y enarbolar el derecho de constituirse en actores sociales, portadores de identidades auto-asignadas por parte de los interesados mismos, de manera que puedan contemplar, de una manera realista y actualizada, sus propias necesidades y expectativas.

Resulta un hecho indiscutible que el delineado de estas contramarcas, a veces no se da del todo, o en ocasiones se resumen en trazos furtivos de grafitti en los muros; incluso cabe la posibilidad de adoptar la forma de tímidos esbozos, que pueden pasar inadvertidos o subestimados, a los ojos de la visión adultocéntrica.. cosas de chiquillos...

Más bien, lo que prevalece son las marcas de identidad de la niñez y juventud trazadas con fuerza en las pizarras de la educación formal, en el seno de la familia, en los destellos del televisor , las páginas de las revistas o la pantalla de internet, así como desde la legislación imperante o desde el púlpito. El imaginario que allí se construye sobre lo que son y se espera que deban ser las jóvenes generaciones, puede ser tan ajeno a sus realidades, que incluso es capaz de naturalizar la violencia hacia sus personas en razón de una malentendida incapacidad etaria, que desplaza hacia otros el derecho de decidir, pensar y hasta de sentir por ellas.

Para completar el cuadro, cabe recordar que las identidades que nos ocupan, son plurales. Como se ha dicho, a lo largo de su constitución histórica, se han visto surcadas por múltiples inclusiones y exclusiones sociales y simbólicas, de naturaleza socioeconómica, de género, étnica, geográfico-espaciales, etc. La ubicación del niño, la niña, del o la joven en la trama de esta encrucijada, les convierte en herederos de oportunidades y de limitaciones, de sobrevaloraciones y de prejuicios de diversa índole, que se asocian a estas múltiples y disímiles condiciones.

La nación costarricense ha impulsado la convocatoria a un sentimiento de unidad colectiva entre los ocupantes de su territorio, que en la práctica se ha traducido en un estrechamiento de los márgenes de quienes caben dentro de ese "nosotros". Las niñas, niños y jóvenes se tornan por si mismos en otredad, por cuanto no cumplen con el ideal adultocéntrico; si a esto se le van añadiendo otros marcadores de diferenciación respecto del modelo nacional, se termina por percibir a la nación como un movimiento centrípeto que va cerrando el círculo de sus exclusiones. Con ello, los y las jóvenes, los y las niñas, más tarde o más temprano, van siendo expelidos hacia un limbo, hacia una Tierra de Nunca Jamás, de la que no se visualiza el retorno.

Podría esperarse que la familia, en tanto núcleo primario de socialización, fuese capaz de asumir de manera integral una función de ubicación identitaria en la niñez y juventud, capaz de contrarrestar esta tendencia hacia el extrañamiento social y cultural. Lastimosamente, cada vez más asistimos a cambios en esta institución que la hacen menos viable para asumir tal tarea. Así por ejemplo, es un hecho que, de manera tendencial, la vida doméstica actual conduce a la desvinculación física y simbólica entre las generaciones, así como a un desinterés por la comunicación, la cual tiene un énfasis adultocentrado.

La llamada brecha generacional se ensancha cada vez más en la familia y fuera de ella, por cuanto los saberes que se transmiten de las viejas a las nuevas generaciones, son progresivamente menores. Ejemplo de lo anterior es que el aprendizaje de tradiciones laborales transmitidas en el seno de la familia, es una práctica cada vez menos frecuente en Costa Rica. En este sentido, son las generaciones recientes las llamadas a enfrentar un nuevo mundo de conocimientos, tecnologizados y mass-mediáticos, para los cuales sus ancestros, en su gran mayoría, carecen de códigos de acceso.

Por otra parte, la escuela ha sido el vehículo de inclusión nacional por excelencia, con su vocación homogeneizante. Ella podría ser la llamada a rescatar a la niñez y la juventud del limbo nacional. Sin embargo, con pesar notamos que en muchas ocasiones, la educación formal termina siendo reproductora de disposiciones que favorecen el sexismo y el clasismo, e incluso en ocasiones, el racismo y la xenofobia.

En los sectores sociales más paupérrimos o remotos - o ambos -, las llamadas "nuevas oportunidades" educativas que abre la instrucción secundaria teledirigida, o la atención en las escuelas denominadas urbano-marginales, por mencionar dos de los esfuerzos más conocidos, terminan por ahondar la diferencia que deseaban subsanar, en la medida en que, al haber una disminución efectiva de los niveles de exigencia producto de las limitantes condiciones en que se desarrolla el proceso educativo, se termina por ofrecer una educación de segunda o de tercera, que troca con mayor contundencia la diferencia en desigualdad.

Lo dicho hasta el momento, permite formular la siguiente cuestión: si la familia y la escuela han ido perdiendo terreno en la tarea de marcar derroteros de identidad para la juventud y la niñez, entonces ¿dónde reside en la actualidad, el meollo de la transmisión y reelaboración de sus referentes identitarios? La respuesta es: pares y medios, medios y pares... y, aunque en apariencia lo parezca, éste no es un asunto que compete al terreno matemático, sino al social y mass-mediático.

En efecto, en la actualidad las evidencias apuntan a señalar a las redes sociales de interrelación entre pares, vale decir entre iguales, como uno de los mecanismos más efectivos para la elaboración y transmisión de valores, conocimientos y sentidos culturales entre la niñez y la juventud. La endoculturación horizontal, donde se aprende más del compañero o compañera, de la amiga o el amigo, que del adulto cercano - progenitores, abuelos, maestros, consejeros espirituales, etc - , se torna en una señal cada vez más característica de nuestros tiempos, que se acompaña por tendencias hacia el desarraigo del territorio que les vió nacer y crecer - el barrio o pueblo, la ciudad o región, la patria- , y su consiguiente lanzamiento al ciberespacio transnacional en donde pueden explorar el universo de posibilidades que allí se les ofrecen.

Por su parte, los medios de comunicación, desde la televisión hasta las más sofisticadas autopistas de información, también alimentan el universo simbólico de los niños, niñas y jóvenes, que transforman estos impulsos en referentes de identidad al mediatizarles con sus propias experiencias de vida. El impacto seductor de estos recursos sobre la forja identitaria, es captado por la aguda pluma de C. Monsiváis, cuando señala: "Las industrias televisivas requieren de la complicidad activa (del poder adquisitivo) de las nuevas generaciones, y por eso abren las puertas de la ilusión de pertenecer. Es posible, si se espera larguísimas horas, ingresar en un estudio de televisión; es irresistible la formación de grupos juveniles, o la participación en concursos de baile, o de concursos de niños que imitan a sus estrellas. Paulatinamente, las clases medias advierten el cambio de metas: sus hijos sueñan con hacerla en televisión. Si fracasan y no consiguen un estelar o la presentación de su grupo en horario Triple A (*Prime Time*), ya pensarán con humildad en ser grandes ejecutivos o Presidentes de la República" (2000:227)

La creciente industria cultural de la radio, el cine, la televisión, el cable, el vídeo, los videojuegos, el internet, etc, abren para todos y todas, pero especialmente para las generaciones más recientes, un atractivo y colorido escenario audiovisual del cual es cada vez más difícil sustraerse como consumidor. Es conocido que en este ámbito, extendido globalmente y dominado por enormes consorcios transnacionales, se trasiegan grandes capitales económicos, pero no resulta menos cierto que también se movilizan enormes capitales simbólicos, los cuales están entrando cotidianamente en las vidas de las personas, impactando la organización de su entretenimiento y tiempo libre, a la vez que delimitando los canales por los que accedan a la información y obtienen insumos para la construcción de su visión de mundo.

Resulta un hecho irrefutable que la interacción del consumidor con dicha oferta de las industrias culturales globalizadas impactan la conformación de identidades, las cuales son "negociadas" por las personas al calor de sus propias experiencias culturales. El efecto de esta tendencia es especialmente evidente en las nuevas generaciones, dado que, por una parte su horizonte de experiencia cultural es más estrecho, producto de su corta edad y de su deterioro comunicativo con las generaciones ascendentes; por otra parte, su relación con los medios es muy intensa, como varias investigaciones lo han demostrado - por ejemplo R. Pérez 2001-.

La situación anterior permite llamar la atención sobre la responsabilidad social de los medios de comunicación para con este sector en particular. Conscientes de la amplitud de su influencia sobre las identidades culturales de los nuevos costarricenses, los medios tienen la capacidad de asumir un relevante papel formativo que aporte insumos positivos a los niños, niñas y jóvenes para que éstos construyan sus visiones de mundo, valores y proyectos de futuro. Tienen también la capacidad de aportarles información fidedigna y actualizada respecto de sus derechos y deberes ciudadanos, a efectos de fortalecer su rol como sujetos en el seno de su entorno familiar, de sus localidades, de sus centros educativos y de su país en general, así como en el mundo globalizado de hoy.

La globalización, esa fuerza centrífuga que genera el des-centramiento y la des-territorialización, genera una fuerza de atracción demasiado potente para una niñez y una juventud que no reconoce asidero en el centrípeto "nosotros" nacional. Tal contradicción

amerita ser inexorablemente abordada en toda indagación, análisis o propuesta de acción que se enfoque hacia este rango generacional.

7. LA DUCTILIDAD DEL JUEGO "NOSOTROS-LOS OTROS"

El quiénes somos y qué hacemos o qué podemos hacer aquí y ahora, son cuestionamientos existenciales de plena validez y no menos angustia, en los nuevos costarricenses de hoy.

Es la hora de reconocer que niñas, niños y jóvenes son más que una hoja al viento, traída y llevada de aquí para allá por las corrientes de un imaginario que aboga por restringirles a la situación de herederos incondicionales de una tradición nacional en la que no se reconocen. Es momento de reconocer que no es posible cultivar en un terreno nacional que, hasta la fecha, no ha sido abonado en la cantidad y calidad necesarias para que la nueva semilla crezca libre y fecunda.

Muchos de ellos y ellas también resienten y se resisten a ser reducidos a la categoría de consumidores o peor, a ser convertidos en una mercancía más de las muchas que ofrece el mercado global.

Tienen algo que expresar, aunque sea la náusea hacia un mundo que no les entiende y que hace poco o nada por revertir tal situación. Es momento de atender su voz, de leer con atención sus signos, de aprender lo que tienen que comunicar, a través de la manera o el medio que elijan para hacerlo.

No falta quienes acusan a nuestras juventudes por su indiferencia ante el tema político, tildándoles de irresponsabilidad ante la patria. Es cierto que las nuevas generaciones se ven poco interesadas por los temas políticos tradicionales, o por sus espacios convencionales de expresión como los partidos políticos, con su raquítico número de los miembros de las llamadas "juventudes del partido" y el estrecho espacio que se les otorga. Ni qué se diga de otras organizaciones como los sindicatos, donde a su desgaste *per se*, ha de sumarse el

estrechamiento en el ingreso de los jóvenes al mercado laboral, situación que se agrava por las tasas de desempleo que golpean privilegiadamente a este sector.

A pesar de lo anterior sería injusto dejar de recordar el papel protagónico y de clara responsabilidad política, de aquellos miles de colegiales y universitarios, que se lanzaron a las calles en el año 2000 para protestar por la intención estatal de forzar en paso al proyecto de apertura y privatización de los servicios eléctricos y de telecomunicaciones. En esa oportunidad, como en otras donde se debaten temas álgidos como por ejemplo, los tratados de libre comercio con terceros países, las "negociaciones" con el FMI, o la declaratoria de alianza de Costa Rica con Estados Unidos en la injustificable guerra contra Irak, las jóvenes generaciones también han sabido alzar la voz y explicitar una posición sobre lo que consideran yerros en la conducción de los destinos nacionales por parte de los gobernantes.

Las actuaciones políticas de las nuevas generaciones están también marcadas por estilos de novel cuño, que eluden subir la escalinata de los escenarios políticos institucionalizados, para quedarse más bien en un puñado de heterogéneas expresiones que, desde la superficie de su vida cotidiana o, en ocasiones, desde el inframundo del underground, pugnan por el respeto a sus formas personales de vivir, de sentir y de pensar.

Así, la resistencia pasiva constituye, pues, otra manera de empuñar la bandera política, con la cual batirse a duelo con las diferentes instancias que pretenden imponer control sobre sus vidas. Esta estrategia es también forma de comunicación, que se vehicula por canales poco convencionales. A guisa de ejemplo, en un reportaje aparecido en la prensa sobre un grupo musical juvenil que celebra el logro de alcanzar su segundo cumpleaños, se indica que "es un grupo de 'gente apuntada a la tocada' para sacar adelante el underground. Es por ello que con frecuencia planean actividades en donde se expresan a través de la música, pues piensan que con canciones se abre más la expresión y la mente" (La Nación, Suplemento Tiempo Libre, 01-04-04, p.6). Para tan grata fecha se verán acompañados de otros grupos similares, como los Días de Agonía, Xpunkha, UFO, No Rotundo, Código Penal, Seka, No Resolution, Zero a la Izquierda y Solocarne.

Los nombres de estos grupos evocan no solo rebeldía, sino que llevan aparejado también una cuota de angustia de futuro. En efecto, es angustioso dar vueltas y vueltas en el limbo y no tener siquiera la sensación de chocar contra un fondo. Es difícil enfrentar el futuro desde la posición de cero a la izquierda.

Existe un sentir adultocéntrico de que la condición de niñez y juventud presenta un defecto intrínseco, en razón de su falta de experiencia; se colige que estos estadios vitales constituyen etapas de desenfado, dependencia o irresponsabilidad, a la vez que difíciles, ambiguas o conflictivas, que resultan tan necesarias como penosas e inevitables, y que solo se van resolviendo cuando se empieza a transitar por los senderos de la adultez.

Lo que este tipo de representaciones no dejan percibir, es que aquello que se supone debilidad, es en realidad una fortaleza al haber de las nuevas generaciones. Nos referimos al amplísimo abanico de posibilidades que tienen por delante de cosas por hacer, de decisiones por enfrentar, de emociones por sentir, de horizontes por conocer, de obras por producir, de interacciones sociales por realizar, de metas por alcanzar...En fin, de un cúmulo de experiencias que el futuro presenta al niño, niña y joven de hoy como posibilidades de vida.

En efecto, deviene en fortaleza, en punto a favor respecto de las actuales generaciones de adultos, por cuanto ellas ya han quemado muchos más cartuchos y, por ende, han ido reduciendo su espacio de maniobra. En contraste, el cielo de las nuevas generaciones puede dar cabida para desplegar en él con más extensión, novedad y brillo, la bella fugacidad de los fuegos artificiales que depara la vida.

La tarea de despejar los cielos personales y sociales para dar cabida a un futuro más luminoso, debe ser labor de todas las generaciones, desde las chiquiticas hasta las viejecitas. El poder representarnos como personas, sin la irrupción distorsionadora de tantos mitos, así como el reconocimiento de que cada uno, desde su trinchera generacional tiene la posibilidad y el derecho de hacer, percibir y sentir, no puede sino afianzar los principios de solidaridad y comprensión que tanta falta nos hacen en la nación costarricense de la que todos y todas, nos guste o no, formamos parte.

BIBLIOGRAFÍA

ALVARENGA, Patricia "Migrantes y nuevos grupos étnicos en el siglo XX". En : *Revista de Historia* n° 40, julio - diciembre, 1999.

ARIES. Phillipe *L'enfant et la vie familial sous l'Ancient Régime* . París:Plon, 1960.

AUGÉ, Marc *Los no lugares, espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa Editorial, 1998.

BRITTO, Luis *El imperio contracultural: del rock a la posmodernidad* . Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1991.

CUBIDES, H; M. Laverde y C. Valderrama (Eds.) *"Viviendo a toda". Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 1998.

HERNÁNDEZ CRUZ, Omar. "Los rituales de la patria en una escuela caribeña costarricense". En: *Anuario de Estudios Sociales Centroamericanos*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica Vol 26 (1-2), 2000.

MAFFESOLI, Michael *El tiempo de las tribus: el declive del individualismo en las sociedades de masas*. Barcelona: Icaria, 1990.

MARGULLIS, Mario y Marcelo URRESTI La construcción social de juventud. En: CUBIDES, H. *et al.* (Eds.) *Op.cit*

MARTÍN-BARBERO, Jesús Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad. En: CUBIDES, H. *et al.* (Eds.) *Op.cit*

MONSIVÁIS, Carlos *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina* . Barcelona: Editorial Anagrama, 2000.

MURILLO, Carmen La piel de la patria. Las representaciones de la diversidad cultural en Costa Rica. En: Jiménez, A. y J. Oyamburu (Comp.) *Costa Rica Imaginaria* Heredia: EFUNA, 1998.

PALMER, Steven A Liberal Discipline: Inventing Nations in Guatemala and Costa Rica 1870-1900. Columbia University, Doctoral Thesis, 1990

PÉREZ, Rolando "Juventud, uso de medios y tiempo libre. Un estudio con jóvenes de las provincias de San José y Limón". En: *Revista de Ciencias Sociales* n°90-91 2000(IV) 2001(I).

REGUILLO, Rossana *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*. Guadalajara: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1991.

SANDOVAL, Carlos "Notas sobre la formación histórica del "otro" nicaragüense en la nacionalidad costarricense" En : *Revista de Historia* n° 40, julio - diciembre, 1999.

SOTO, Ronald Inmigración e identidad nacional en Costa Rica 1904-1942. Los "otros" reafirman el "nosotros" Universidad de Costa Rica: Tesis de Licenciatura en Historia, 1997.

VALENZUELA, José Manuel Identidades juveniles. En: CUBIDES, H. *et al.* (Eds.) *Op.cit*